

Giorgio Agamben  
*Cuando la casa se quema*  
*Desde el dialecto del pensamiento*  
Traducción de  
María Teresa D'Meza Pérez  
y Rodrigo Molina-Zavalía



Giorgio Agamben  
*Cuando la casa se quema*  
*Desde el dialecto*  
*del pensamiento*

**A.hache**

Ensayo y teoría\_filosofía

Título original: *Quando la casa brucia*  
Traducción: María Teresa D'Meza Pérez  
y Rodrigo Molina-Zavalía

Editor: Fabián Lebenglik  
Coordinación editorial: Gabriela Di Giuseppe  
y Mariano García

Diseño e identidad de colecciones: Vanina Scolavino  
Imagen de tapa: Paula Castro  
Retrato del autor: Gabriel Altamirano

Primera edición en España, 2022

© Giometti & Antonello - Macerata - Italia.

© Adriana Hidalgo editora S.A., 2022  
[www.adrianahidalgo.es](http://www.adrianahidalgo.es)

ISBN España: 978-84-19208-21-7  
ISBN Argentina: 978-987-8969-12-1

Impreso en España  
Depósito legal: M-21082-2022

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso  
escrito de la editorial. Todos los derechos reservados

Cuando la casa se quema	7
Puerta y umbral	19
Lección en las tinieblas	31
Testimonio y verdad	41



**Cuando la casa se quema**

“Nada de lo que hago tiene sentido, si la casa se quema.” Sin embargo, precisamente mientras la casa se quema es necesario seguir adelante como siempre, hacer todo con cuidado y precisión, acaso con mayor aplicación, incluso si nadie debiera darse cuenta de ello. Puede ocurrir que la vida desaparezca de la Tierra, que no quede memoria alguna de lo que se ha hecho, para bien o para mal. No obstante, tú continúa como antes, es tarde para cambiar, ya no hay tiempo.

“Lo que sucede a tu alrededor / ya no es asunto tuyo.” Como la geografía de un país que debes abandonar para siempre. Y aun así, ¿de qué modo te concierne todavía? Precisamente ahora que ya no es asunto tuyo, cuando parece que todo se ha acabado, cada cosa y cada sitio se presentan en su apariencia más genuina, de algún modo te tocan más de cerca, tal como son: esplendor y miseria.

La filosofía, lengua muerta. “La lengua de los poetas siempre ha sido una lengua muerta [...] resulta curioso: la lengua muerta se usa para dar mayor vivacidad al pensamiento.” Acaso no una lengua muerta, sino un dialecto. El hecho de que la filosofía y la poesía hablen en una lengua que es algo menos que la lengua da la medida de su rango, de la especial vitalidad de ambas. Sopesar, juzgar el mundo midiéndolo con un dialecto, con una lengua muerta y, sin embargo, primigenia, donde no puede cambiarse siquiera una coma. Sigue tú hablando este dialecto, ahora que la casa se quema.



¿Qué casa se está quemando? ¿El país donde vives, Europa o el mundo entero? Tal vez las casas, las ciudades, ya se han quemado, sin que sepamos desde hace cuánto tiempo, en una única, inmensa hoguera, que hemos fingido no ver. De algunas solo quedan trozos de muros, una pared con frescos, restos del techo, nombres, muchísimos nombres, ya engullidos por el fuego. Con todo, los cubrimos tan cuidadosamente con enlucido blanco y palabras mendaces que parecen intactos. Vivimos en casas, en ciudades quemadas por completo como si todavía estuvieran en pie, la gente finge que habita en ellas y sale a la calle enmascarada entre las ruinas cual si aún fuesen los barrios conocidos de otros tiempos.

Y ahora la llama ha cambiado de forma y de naturaleza, se ha hecho digital, invisible y fría, pero justamente por eso es aún más cercana, está encima de nosotros y nos rodea a cada instante.

Que una civilización –una barbarie– se hunda para no volver a levantarse es algo que ya ha sucedido antes y los historiadores están acostumbrados a marcar y fechar cesuras y naufragios. Pero ¿cómo dar testimonio de un mundo que va a la ruina con una venda en los ojos y el rostro cubierto, de una república que se derrumba sin lucidez ni orgullo, abyecta y temerosa? La ceguera es mucho más desesperada, puesto que los náufragos pretenden gobernar su propio naufragio, juran que todo se puede mantener técnicamente bajo control, que no hacen falta un nuevo dios ni un nuevo cielo: solo prohibiciones, expertos y médicos. Pánico y embustes.

¿Qué sería un Dios al cual no se le dirigiesen plegarias ni sacrificios? ¿Y qué sería una ley que no conociese mando ni

ejecución? ¿Y qué sería una palabra que no significa ni manda, pero que se mantiene de veras en el principio, más aún, antes que él?

Una cultura que se siente próxima a su fin, ya inerte, intenta gobernar su ruina como puede a través de un estado de excepción permanente. La movilización total, en la que Jünger veía el carácter esencial de nuestro tiempo, ha de verse desde esta perspectiva. Los seres humanos deben ser movilizados, deben sentirse en todo momento en una situación de emergencia, regulada en los más mínimos detalles por quien tiene el poder de decretarla. Pero mientras que en el pasado la movilización tenía el objetivo de acercar a los seres humanos, ahora apunta a aislarlos y a distanciarlos entre sí.

¿Desde cuándo la casa comenzó a quemarse? ¿Cuánto tiempo lleva quemándose? Sin duda, hace un siglo, entre 1914 y 1918, algo ocurrió en Europa que arrojó a las llamas y a la locura todo lo que aún parecía conservarse íntegro y vivo; luego otra vez, treinta años más tarde, la hoguera volvió a expandirse por todas partes y desde entonces no ha dejado de arder, sin tregua, subterránea, apenas visible bajo las cenizas. Tal vez el incendio había comenzado mucho antes, cuando el ciego impulso de la humanidad hacia la salvación y el progreso se unió a la potencia del fuego y de las máquinas. Todo esto se sabe y de nada sirve repetirlo. Más bien es preciso preguntarse cómo pudimos seguir viviendo y pensando mientras todo se quemaba, qué quedaba de algún modo íntegro en el centro de la hoguera o en sus márgenes. Cómo logramos respirar entre las llamas, qué perdimos, a qué restos del naufragio –o a qué impostura– nos aferramos.

Y ahora que ya no hay llamas, sino tan solo números, cifras y mentiras, estamos ciertamente más débiles y solos, pero sin concesiones posibles, lúcidos como nunca antes.

Si únicamente en la casa en llamas se vuelve visible el problema arquitectónico fundamental, entonces ahora puedes ver lo que estaba en juego en la experiencia de Occidente, qué es lo que esta buscaba comprender a toda costa y por qué solo podía fracasar.

Es como si el poder buscase asir a toda costa la vida desnuda que ha producido y, sin embargo, por más que se esfuerce en apropiarse de ella y controlarla mediante cualquier dispositivo posible, ya no solo policial, sino asimismo médico y tecnológico, esta no podrá sino huir de él, ya que es por definición inasible. Gobernar la vida desnuda es la locura de nuestro tiempo. Los seres humanos reducidos a su pura existencia biológica ya no son humanos: el gobierno de las personas y el gobierno de las cosas coinciden.

La otra casa, aquella que jamás podré habitar, pero que es mi verdadera casa, la otra vida, aquella que no he vivido mientras creía hacerlo, la otra lengua, que deletreaba sílaba por sílaba sin nunca llegar a hablarla, tan más que nunca podré tenerlas...

Cuando el pensamiento y el lenguaje se separan, se cree poder hablar olvidando que se habla. Poesía y filosofía, mientras dicen algo, no olvidan lo que están diciendo, recuerdan el lenguaje. Si el lenguaje se recuerda, si no se olvida que podemos hablar, entonces somos más libres, no estamos obligados a las cosas y a las reglas. El lenguaje no es un instrumento, es nuestro rostro, lo abierto donde estamos.

El rostro es lo más humano, el ser humano tiene un rostro y no simplemente un morro o una cara, porque habita en lo abierto, porque en su rostro se expone y se comunica. Por esta razón el rostro es el sitio de la política. Nuestro tiempo impolítico no quiere ver su propio rostro, lo mantiene a distancia, lo enmascara y lo cubre. Ya no debe haber rostros, solo números y cifras. Incluso el tirano no tiene rostro.

Sentirse vivir: ser afectados por la propia sensibilidad, delicadamente entregados al propio gesto sin poder asumirlo ni evitarlo. Sentirme vivir me vuelve posible la vida, incluso si estuviera encerrado en una jaula. Y nada es tan real como esta posibilidad.

En los años por venir solo habrá monjes y delincuentes. Y, sin embargo, simplemente no podemos quedarnos al margen, creer que podemos salir de entre los escombros del mundo que se ha derrumbado a nuestro alrededor. Porque el derrumbe nos concierne y nos interpela, también cada uno de nosotros no es más que uno de esos escombros. Debemos aprender a usarlos con cautela, del modo más correcto, sin hacernos notar.

Envejecer: “crecer solo en las raíces, ya no en las ramas”. Ahondar en las raíces, ya sin flores ni hojas. O, más bien, como una mariposa ebria, revolotear sobre aquello que se ha vivido. Existen aún ramas y flores en el pasado. Y de ellas aún puede hacerse miel.

El rostro está en Dios, pero los huesos son ateos. Fuera, todo nos empuja hacia Dios; dentro, el obstinado y socarrón ateísmo del esqueleto.

Que el alma y el cuerpo están indisolublemente unidos: eso es espiritual. El espíritu no es un tercero entre el alma y

el cuerpo, es solo la inerme y maravillosa coincidencia entre ellos. La vida biológica es una abstracción, y es esta abstracción la que se pretende gobernar y curar.

No puede haber salvación individual: hay salvación porque existen otros. Y ello no por razones morales, dado que yo debería obrar por el bien de ellos. Sólo porque no estoy solo hay salvación: puedo salvarme únicamente como uno entre muchos, como otro entre los otros. Solo –esta es la especial verdad de la soledad–, no necesito de la salvación, antes bien, soy, precisamente, insalvable. La salvación es la dimensión que se abre porque no estoy solo, porque existen la pluralidad y la multitud. Dios, al encarnarse, ha dejado de ser único, y se ha convertido en un hombre más entre tantos. Por esto el cristianismo debió ligarse a la historia y seguir hasta el fondo su suerte; y cuando la historia, como parece ocurrir hoy, se extingue y decae, también el cristianismo se acerca a su ocaso. Su insanable contradicción es que este buscaba, en la historia y a través de la historia, una salvación más allá de la historia y cuando esta termina, ya no hay suelo bajo sus pies. La Iglesia en realidad era solidaria no con la salvación, sino con la historia de la salvación y puesto que buscaba la *salvación* a través de la historia, no podía más que terminar en la *salud*. Y cuando el momento llegó, no dudó en sacrificar la salvación por la salud.

Es preciso arrancar la salvación de su contexto histórico, hallar una pluralidad no histórica, una pluralidad como una vía para salir de la historia.

Salir de un sitio o de una situación sin entrar en otros territorios, dejar una identidad y un nombre sin asumir otros.

Hacia el presente solo puede retrocederse, mientras que hacia el pasado se avanza recto. Lo que llamamos pasado no es sino nuestra larga regresión hacia el presente. El primer recurso del poder es separarnos de nuestro pasado.

Lo que nos libera del peso es el respiro. En el respiro ya no tenemos peso, somos impulsados, como echados a volar más allá de la fuerza de gravedad.

Deberemos aprender a juzgar desde el comienzo, pero con un juicio que no castiga ni premia, no absuelve ni condena. Un acto sin propósito, que sustrae la existencia de toda finalidad, necesariamente injusta y falsa. Sólo una interrupción, un instante en vilo entre el tiempo y lo eterno, en el cual relampaguea apenas la imagen de una vida sin fin ni proyectos, sin nombre ni memoria; por esto salva, no en la eternidad, sino en una “especie de eternidad”. Un juicio sin criterios preestablecidos y, no obstante, precisamente por ello político, porque restituye la vida a su naturaleza.

Sentir y sentirse, sensación y autoafección son contemporáneos. En cada sensación hay un sentirse sentir; en cada sensación de sí mismo, sentir a otro, una amistad y un rostro.

La realidad es el velo a través del cual percibimos lo posible, lo que podemos o no podemos hacer.

No es fácil saber reconocer cuáles de nuestros deseos infantiles han sido atendidos. Y, sobre todo, si la parte de lo atendido que limita con lo inatendible alcanza para hacernos aceptar que continuemos viviendo. Se tiene miedo a la muerte porque la parte de los deseos inatendidos ha crecido desmedidamente.

“Los bueyes y los caballos tienen cuatro patas: a esto llamo Cielo. Poner el cabestro al caballo, perforar las narices

al buey: a esto llamo lo humano. Por esta razón digo: asegúrate de que lo humano no destruya el Cielo dentro de ti, asegúrate de que tus intenciones no destruyan lo celestial.”

Queda, en la casa que se quema, la lengua. No la lengua, sino las inmemoriales, prehistóricas, débiles fuerzas que la custodian y recuerdan: la filosofía y la poesía. ¿Qué custodian, qué recuerdan de la lengua? No esta o aquella proposición significativa, no este o aquel artículo de fe o de mala fe. Más bien el hecho mismo de que hay lenguaje, que sin nombre estamos abiertos en el nombre y en este abierto, en un gesto, en un rostro somos incognoscibles y expuestos.

La poesía, la palabra es lo único que nos ha quedado de ese tiempo cuando todavía no sabíamos hablar, un canto oscuro dentro de la lengua, un dialecto o un habla que no logramos entender plenamente, pero que no podemos hacer otra cosa que escucharlo: incluso si la casa se quema, incluso si los seres humanos continúan hablando sin ton ni son en esa lengua suya que quema.

Pero ¿hay una lengua de la filosofía así como hay una lengua de la poesía? Al igual que la poesía, la filosofía habita por completo en el lenguaje y solo el modo de este habitar la diferencia de la poesía. Dos tensiones en el campo de la lengua, que se entrecruzan en un punto para luego separarse incansablemente. Quienquiera que dice una palabra correcta, una palabra simple y primigenia, habita en esta tensión.

Quien se da cuenta de que la casa se quema puede verse movido a mirar con desdén y desprecio a sus semejantes que parecen no darse cuenta de lo que pasa. Sin embargo, ¿no serán precisamente estas personas que no ven y no

piensan los lémures<sup>[1]</sup> ante quienes deberás dar cuenta el último día? Percatarte de que la casa se quema no te eleva por encima de los demás: al contrario, es con ellos que deberás intercambiar una última mirada cuando las llamas estén ya más próximas. ¿Qué podrás decir para justificar tu supuesta conciencia a estas personas tan inconscientes, al punto de parecer casi inocentes?

En la casa que se quema continúas haciendo eso que hacías antes, pero no puedes no ver eso que ahora las llamas te muestran al desnudo. Algo ha cambiado, no en lo que haces sino en el modo en que lo dejas ir al mundo. Una poesía escrita en la casa que se quema es más justa y más verdadera, porque nadie podrá escucharla, porque nada asegura que pueda librarse de las llamas. Pero si por casualidad la poesía encuentra un lector, entonces este de ningún modo podrá sustraerse a la interpelación que lo llama desde ese inerte, inexplicable y apagado vocerío.

Puede decir la verdad solo quien no tiene ninguna probabilidad de ser escuchado, solo quien habla desde una casa que, a su alrededor, las llamas están consumiendo implacablemente.

El ser humano hoy desaparece, como una cara de arena borrada en la orilla. Pero lo que toma su lugar ya no tiene un mundo, es solo una vida desnuda muda y sin historia, a merced de los cálculos del poder y de la ciencia. En cambio, tal vez es solo a partir de este desastre que un día podrá lenta o bruscamente aparecer algo distinto –no un dios, por cierto,

[1] En Roma los lémures eran las almas de los malvados o de los muertos en general. Durante la noche, erraban por las casas y ahuyentaban a los vivos para castigarlos por haber descuidado a los muertos de la familia [N. de los T].



pero tampoco otro ser humano-, un nuevo animal, quizás,  
un alma de cualquier manera viviente...